

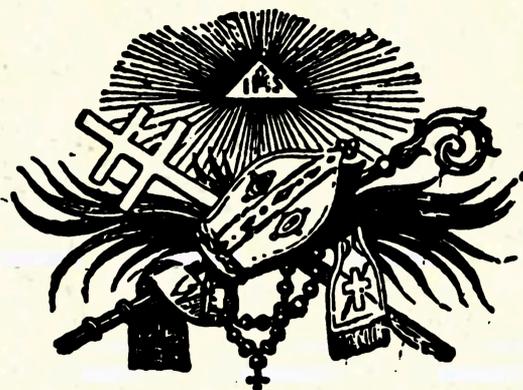
CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. Y RMO. SEÑOR ARZOBISPO DE QUITO

DR. D. JOSE IGNACIO ORDÓÑEZ

DIRIGE AL CLERO Y A LOS FIELES

DE SU ARQUIDIOCESIS



QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1886

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, & &

A LOS FIELES DE LA ARQUIDIOCESIS.

Hijos carísimos en Nuestro Señor Jesucristo :

Siempre que os hemos dirigido nuestras cartas pastorales lo hemos hecho con el más grande gozo de nuestra alma, porque vuestros corazones fecundados por la piedad, y vuestra mente robustecida por la fe cristiana, son campo á propósito para recibir la semilla de la verdad, enseñada por Cristo Nuestro Señor, y derramada en el mundo por ministerio de los Obispos y sacerdotes; porque tenemos el convencimiento de que nuestra palabra, no por nacida de nuestra humilde persona, sino por ser la misma que ha enseñado el Espíritu Santo á los hombres, la recibis con la veneración propia de almas que creen en aquello que dijo Jesucristo dirigiéndose á los Apóstoles, y en ellos á nosotros: "El que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia á mí me desprecia." Sí, amados hijos, oyendo á vuestro Obispo, oís al mismo Jesucristo, á la Verdad Eterna. Ella nos encargó conservar en el mundo maligno y tenebroso, la luz bajada del cielo; nos impuso el deber de conservar, en cuanto fuere posible, inmaculadas

vuestras almas en medio de la corrupción del siglo ; nos manda predicar la cruz en medio de los placeres, el sacrificio cuando el egoísmo se cierne por todo el mundo, la detestación del mundo aun cuando éste se rodee cada día de nuevos encantos y seducciones ; sí, la misma Verdad nos impuso el deber de parecer locos á los ojos de los sabios de la tierra, bárbaros en presencia de la falsa civilización y de predicaros á vosotros la locura de la cruz y la barbarie del cielo.

Sois cristianos, y no gentiles : ¡ bendito sea el Señor Dios que os predestinó para tan altísima honra ! Estáis, por lo mismo, persuadidos, amados hijos, que cuanto se opone al espíritu de Cristo, es digno de vuestra reprobación, aun cuando tenga apariencias seductoras ; y que para vosotros es prohibido, digan lo que quiera griegos y romanos, filósofos y poetas, lo que es contrario á la solemne palabra que disteis en el bautismo de seguir en todo las severas, pero altas, pero esencialmente civilizadoras enseñanzas del cristianismo. Mas, hemos llegado á saber que muchos de vosotros que jurasteis la ley de Cristo habéis empeñado, ó estáis á punto de empeñar vuestra palabra para un compromiso enteramente mundano y opuesto de todo en todo á la profesión de cristianos que habéis hecho. Hemos llegado á saber que se trata de dar principio á una serie de funciones teatrales, y que ¡ oh dolor ! muchos de aquellos á quienes respetamos por su fe andan de apóstoles de esta invención arrojada al mundo desde el fondo mismo de los tenebrosos abismos. Bien creemos que los tales no proceden en este caso con los ojos abiertos y que el aire corrompido del siglo les ciega para que no vean la oposición manifiesta que hay entre esa clase de espectáculos y su profesión de cristianos. Si lo viesen ; cómo andarían pregonaando la excelen-

cia del teatro? Mas, la desventura de estos tiempos ha llegado á tal extremo, que á pesar de que la doctrina de Cristo es tan clara y la del mundo tan tenebrosa, con todo hallan muy conciliables la una con la otra; tan conciliables, que se proponen unir la malignidad y carnalidad terrenas con la pureza y santidad celestiales; tan conciliables que creen que exaltando á la carne, pueden ser discípulos de Aquel que vino á enseñar la servidumbre de ésta para dar libertad al espíritu. Para vosotros, amados hijos, son ciertas estas palabras del Apóstol San Pablo: "La prudencia de la carne es muerte, mas la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque el saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto á la ley de Dios ni puede estarlo."

Muchos y buenos cristianos talvez, se habrán asustado y tenídonos por exagerados cuando dijimos que el teatro era una invención arrojada al mundo desde los abismos. En el teatro, amados hijos, podemos considerar varias cosas, la composición dramática, su representación y las circunstancias que le son anexas. En cuanto á la composición dramática, como tal, no la reprobamos, ni podemos reprobarla por sólo su forma y el arte empleado en escribirlo. Por sí el género dramático, como todo otro género literario es indiferente; puede servir para lo bueno y para lo malo. Mas no tratamos de esto, sino de si las composiciones dramáticas que existen y que se representan, son por lo general opuestas al espíritu cristiano, esto es, si el teatro cual se lo tiene en el mundo está encaminado á corromper las almas cristianas. Os aseguramos, pues, amados hijos, que las obras dramáticas, con pocas excepciones, aún aquellas mismas que se nos dan como inocentes y castas é instructivas, lejos de

poner en los corazones alguna semilla de virtud, ahogan la que depositó en ellos la mano solícita de la madre apoyada por la fuerza de la gracia divina. En efecto, amados hijos, desde que se principió á cultivar en los pueblos paganos este género de literatura hasta hoy, con una corta interrupción, los dramas han tenido por materia las pasiones más incendiarias del corazón humano. Y no se las saca con lo horroroso é inmundo que de sí tienen, sino con colores simpáticos, disfrazadas con manto de virtud, y de modo adecuado para excitar la admiración y el amor hacia ellas. A vosotros cristianos de buena fe y que tenéis conocimiento del teatro os preguntamos: ¿no es esta la verdad? ¿No es cierto que la pasión del amor con un cortejo de venganzas, de celos, de arrebatos, de dobleces y simulaciones, es lo que principalmente forma el tejido de las composiciones dramáticas? Sí, la pasión del amor que, si bien tiene para la naturaleza humana, después de la caída de Adán, tantos atractivos, encierra también tantos males cuantos son los que andan por el mundo desgarrando la virtud, atropellando las leyes naturales, turbando los pueblos y naciones. Mas, dirán algunos, ¿acaso hemos de matar ese amor que la misma naturaleza ha puesto en la especie humana? No lo matéis, amados hijos, los que no habéis nacido para vida de ángeles; pero en todo caso es menester dirigirlo con los severos dictados de la razón, porque de lo contrario luégo reduce á cenizas todo lo recto, todo lo noble, todo lo santo que se puede encontrar en el corazón del hombre. Y los teatros no son capaces de comunicarle esa fuerza sobrehumana que se necesita para someter la carne á la ley del espíritu: al contrario, él sirve poderosamente para ensoberbecer la parte baja y sensual, porque no se le habla en el teatro de leyes de razón, sino de los arranques de

la pasión ; pues, como dice Juan Jacobo Rousseau, todo sale á la escena menos la razón ; y si la belleza y la virtud dependieran del arte, hace mucho tiempo que, según el mismo, el dramático les hubiera dejado en ruinas.

Algunos creen que porque ordinariamente las comedias, aunque tratan de amores, lo hacen encaminándolos al matrimonio no son malas. Oíd á este respecto á un sesudo escritor que dice lo siguiente :

“ Se dice que las pasiones que se representan en los dramas son legítimas porque tienen por objeto el matrimonio ; mas aun cuando el matrimonio use bien de la concupiscencia, ésta sin embargo es mala por sí misma ; conserva siempre alguna cosa de desarreglado que le es propia. Se debe, pues, mirarla como el efecto vergonzoso del pecado, como una fuente emponzoñada que nos mataría si Dios no nos ayudase á contenerla. De cualquiera manera que los espectáculos la doren, por apariencias de honestidad con que la revistan, es siempre la concupiscencia de la carne, que San Juan prohíbe hacerla amable, ya que prohíbe amarla. Lejos de excitarla en sí y en los otros, es preciso hacer esfuerzos constantes para contenerla dentro de los límites que la razón y la religión le han prescrito. Tan pronto como se deja de combatirla y que se busca lo que la incita y lisonjea, rompe todos los lazos que la contenían ; entonces ya no conoce límites ; por esfuerzos que se hagan para quitarle eso que tiene de grosero y de ilícito, si bien se alcance á ocultarlo, nunca á separarlo del todo, porque le es inseparable. Lo que tiene de grosero causaría horror si se lo mostrase ; pero la diligencia con que se lo oculta atrae la voluntad de una manera más delicada y es mucho más peligrosa cuando se la presenta depurada ; porque entonces el espíritu la mira

con menos precaución, la recibe con menos horror y el corazón se deja atraer con menos repugnancia.... La representación de un amor legítimo y la representación de un amor que no lo es, causan el mismo efecto y excitan las pasiones de la misma manera. Esta pasión como todas va siempre tras su objeto propio, y sólo excita la sensualidad.”

No podemos después de esto, y mucho más que hay que decir, dejar de compadecer con toda nuestra alma á aquellos padres de familia que llevan á sus hijas al teatro. ¡ Pobres de ellos ! En el juicio que les hará Jesucristo les tomará cuenta del pudor de ellas, de esa joya divina con que quiso Dios engalanar la frente virginal de las niñas. ¡ Cómo han de quedarse pudorosas viendo ya en acción y á lo vivo las sutilezas del amor, los artificios de los amantes, oyendo las dulzuras y requiebros de los enamorados ? Si ellos fuesen tan castos como los de Isaac y Rebeca, con todo esos corazones juveniles se sentirían agitados, sus almas inquietas y anhelosas por llegar á ser el sujeto de esas dichas que, si bien poco honestas, van revestidas de encantadores atractivos. Y estos encantos producidos por la representación misma se aumentan por el cúmulo de circunstancias que le acompañan : las miradas apasionadas de jóvenes que en verdad aman ó fingen amar ; las melodias de la música compuesta para retratar los arranques de las pasiones ; la claridad de las lámparas cuyos rayos van á quebrarse en el rostro de las vírgenes resplandecientes con las piedras preciosas, notables por la gracia y donosura ; el aire mismo del teatro, embalsamado con los ámbares y esencias olorosas ; los cortejos de los concurrentes sazonados con galanterías mas ó menos delicadas ; todo, todo contribuye á dar paso libre á los antojos de la sensualidad. Pobres niñas, os lle-

van como á las antiguas víctimas adornadas primorosamente, á degollaros en las aras de la concupiscencia. Y vosotras inocentes, ignorantes de la desventura que os aguarda vais contentas al lugar del sacrificio ! Pobres niñas ! vais con blanca y deslumbradora pureza y salís empañadas, con la frente sombreada ya por las nubes tempestuosas de las pasiones !

Oíd á vuestro Obispo, amados hijos, y no seáis vosotros mismos los verdugos de vuestras carísimas hijas. Y si el augusto ministerio que investimos no tiene poder bastante para convenceros, escuchad á un dramático que no es tímido, y á quien no le importan nada las leyes de Cristo. Dumas, hijo, dice : “Jamás debiera llevarse á una hija al teatro, porque es inmoral, y no sólo vista la pieza dramática sino el mismo local. En donde quiera que se pone de manifiesto el hombre hay cierta desnudez que no debe exponerse á todas las miradas, y en el teatro aun en el más bien educado abundan tales exhibiciones. Allí nosotros tenemos que decirnos cosas que las muchachas no deben oír. . . . Entiéndase bien que siendo el teatro la pintura ó la sátira de las costumbres, ya que son inmorales éstas, no puede dejar de serlo aquel.” Sí, el teatro es inmoral ; lo ha dicho uno de aquellos espíritus fuertes, un hombre *civilizado y progresista*. Y como inmoral, debe ser, según él, prohibido absolutamente para las jóvenes. Oíd otra vez al mismo Dumas : “A nadie convidamos para que venga á oír nuestros dramas. . . . Los escribimos y los hacemos representar cuando le place al empresario y venga quien viniere. A nadie se obliga. En cuanto á las mujeres no tenemos necesidad ciertamente de invitarlas : vienen de por sí y tienen razón : encuentran aquí más fácilmente quienes se ocupen en ellas. En cuanto á las hijas varía la cuestión. Nue-

ca las convidamos: no hay avenimiento posible entre nosotros y esas almas delicadas que sólo deben recibir ejemplos y lecciones de la familia y de la religión. Tanto debemos prescindir nosotros de ellas, como ellas de los autores dramáticos. En una palabra, (y es hombre de teatro quien os habla) no conviene que llevemos á él nuestras hijas. ¿Y sabéis por qué me expreso con tanta franqueza? Porque respeto todo lo respetable. Respeto demasiado á las jóvenes para invitarlas á que me oigan lo que á mí se me viene decir, y respeto mucho mi arte para decir lo que ellas pudieran oír.”

Algunos podrán decir que así se expresa Dumas porque sólo hablaba del teatro francés, mas no del español. Mas recuérdese que él no excluye de su reprobación los teatros *más bien educados*. Y si esto no basta, leed á Larra, español distinguido quien dice que es falso que el teatro corrija las malas costumbres y destierre los vicios, porque el colorido sublime y apasionado con que en el teatro se los reviste, no será jamás el medio para infundir en los hombres horror al mal. Los celos, dice él, que en el Otelo del mundo son siempre reprobables, están por lo menos disculpados en el teatro con el exceso de la pasión.

Sobre todo esto que para un cristiano debe ser de gran peso, porque le está poniendo por delante cuan apartados se hallan los teatros del espíritu que debe animarlos, hay otras razones todavía no menos fuertes y que deben inducir á todo hombre de sana razón á reprobar los teatros.

Una de las cosas seriamente condenadas en las santas escrituras es el lujo, porque no sólo corrompe las costumbres sino que arruina los elementos de la prosperidad temporal. ¿Y quién puede negar que el teatro es un estímulo poderoso para promover el lujo? Es indispensable en las

personas que van al teatro, especialmente las señoritas, presentarse en él con los trajes más preciosos, las composturas más delicadas, joyas de gran valor, cosas todas que requieren expensas considerables, superiores según creemos á las fuerzas de la generalidad de los expectadores. Y no lleváis á mal, amadísimos hijos, que os hablemos con esta sencillez y claridad, porque en ello no sólo buscamos vuestro bien espiritual sino también el temporal, vuestra verdadera honra que consiste no en engalanar á vuestras hijas con joyas de gran valor, sino en ser rectos, justos y probos. Mas ¡qué cerca se halla de ser injusto y fraudulento el hombre que gasta en ostentaciones indiscretas más de aquello que puede reputar como sobrante de sus rentas! Cuán cerca de la ignominia! La honradez y probidad son compañeras de una decente economía, y ésta madre de una amable prosperidad. Ahora que hay tanta escasez de numerario, tanta dificultad en las transacciones, tan pocas utilidades en los negocios y tantas pérdidas y quebrantos en muchos de ellos, ¿será prudente que un padre juicioso desperdicie una suma considerable en cosa inútil, y sobre esto perniciosa? Por lo que se nos ha dicho, entendemos que la temporada del teatro costará á cada familia por lo menos mil pesos, esto es un capital que pudiera invertirse productivamente para satisfacer necesidades reales y tal vez compromisos de justicia. Sed prudentes, amados hijos, no sea que el gozo se convierta en llanto para muchos de vosotros, la vanidad en afrenta y la paz de vuestros hogares en inflamada guerra.

Toda institución debe ser acomodada á las necesidades, educación y carácter del pueblo donde se la va á introducir. Una de nuestras imperiosas necesidades es propender á rectificar este carácter general nuestro, indolente, inconstante, ligero, fal-

to de peso para juzgar y decidir, tan pronto á comprometerse como á faltar á sus deberes. Mas el teatro en todo tiempo ha producido como efecto suyo muy principal la relajación de los caracteres: afloja, afemina, enerva las fuerzas del alma, porque acostumbra á vivir de ficciones y fantasías, de sueños amorosos, de pensamientos trágicos, en suma, sustituye en la mente y el corazón del hombre la vida de la imaginación á la de la razón. No hay pasión más fantástica y que más relaje la virilidad de los caracteres que la pasión amorosa; y digamos para nosotros, amados hijos, no hay pueblo más ocasionado al amor que el nuestro: la dulzura de vuestro carácter, la blandura de vuestras palabras, vuestras esmeradas cortesías y cierta confianza general que hay entre vosotros nacida de la estrechez del lugar, de las antiguas relaciones de parentesco, de la naturaleza misma de las habitaciones y de cierta generosidad y franqueza de corazón, sirven de pábulo á los afectos amorosos y captivan fácilmente los corazones. Si á estas condiciones propias vuestras añadís, pues, el influjo que para eso tiene el teatro, os aseguramos que vuestra perdición será sin remedio. El teatro arrancará de este pueblo generoso esos rasgos de valor heroico que hasta ahora le han distinguido, enterrará su fe en el fango de la concupiscencia, le despojará de su humanidad característica y proverbial; en suma, de ese conjunto de virtudes por las cuales, sin duda Dios Nuestro Señor le ha preservado de tantas desgracias.

Necesidad nuestra actual es la de formar hombres para la vida pública, mujeres para el hogar doméstico, ciudadanos probos y justicieros que busquen sólo el interés de la patria y que la salven de los peligros que á lo lejos la amenazan. Y ciertamente el teatro, lejos de satisfacer

á estas necesidades, no os dará sino hombres superficiales, jóvenes disolutos, mujeres livianas, enemigas de los cuidados de la familia, declamadoras que hostiguen, heroínas de tragedia.

Además, ni las circunstancias de la República, ni el tiempo en que se van á dar estas funciones teatrales se han consultado en esta ocasión, para traernos á toda costa esos sujetos que vienen en son de daros momentos de indecible felicidad. El tiempo, amados hijos, si sois cristianos como lo decís, es el de Adviento, de esas semanas destinadas por la Iglesia á preparar las almas para la conmemoración del clarísimo día en que alumbró á la tierra el Sol de Justicia, de ese día en que dió principio la benignidad de Nuestro Salvador á la vida mortal y pasible para conquistar para nosotros la vida inmortal y gloriosa.

Las circunstancias de la República no son para que los buenos ciudadanos olviden en medio de los placeres del teatro los peligros de la patria. ¿Quién los ignora? No sea que á vosotros os acontezca lo que á Baltasar; morir entre la algazara de los festines.

En vista de lo que os hemos expuesto, sin mas interés que el de vuestras almas y el de vuestras familias, no dudamos, amados hijos, que vosotros tan cuerdos y cristianos, habéis de reprobarnos con toda vuestra alma lo que nosotros reprobamos y que han reprobado siempre los verdaderos siervos de Cristo. Si hasta aquí para esta ciudad ha sido timbre de gloria el portaros como verdaderos católicos, no hay razón para que ahora, por una gota de placer tan transitorio y que despues de probado deja tanto amargor en el alma, os olvidéis de lo pasado, de vuestras tradiciones y de la altísima honra que os ha cabido en el mundo de ser los que habéis conservado más vivo el espíritu

católico. Os rogamos, pues, y os encarecemos con toda nuestra alma, que escuchéis nuestros avisos, seguros de que siguiéndolos os libraréis de imponderable responsabilidad en el juicio de Dios, y le obligaréis á que os dé cuantas gracias son necesarias para conseguir la eterna bienaventuranza. Os damos, con todo afecto, nuestra bendición pastoral.

Mandamos que estas letras sean leídas en todas las iglesias en la misa de más concurrencia, el domingo siguiente al en que las recibieren los Rectores de ellas.

Dada en Quito, en nuestro Palacio arzobispal, á 4 de noviembre de 1886.

✠ **José Ignacio,**

ARZOBISPO DE QUITO.

